

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA, DEFENSOR DE LA CONSTITUCIÓN DE RIONEGRO

CONSUELO TRIVIÑO ANZOLA
Instituto Cervantes Madrid
consuelo.trivino@hotmail.com
ORCID: 0000-0002-2028-8940

RESUMEN

Tras la independencia y la creación de la Nueva Granada en 1819, en la joven república continuaron las disputas por el poder. Los caudillos gastaban sus energías en luchas partidistas tras las que se solapaban intereses personales, de grupo, de clase y de etnia, muchas veces bajo formulaciones románticas. Entre el caos y la necesidad de un orden se redactaron 14 constituciones hasta llegar a la Constitución de Rionegro de 1863. Promulgada por los líderes del liberalismo radical, fue demasiado lejos en su persecución de la utopía. El federalismo, la defensa de las libertades individuales, la abolición de la pena de muerte, la libertad de prensa y la separación de la Iglesia y el Estado son algunas de sus más importantes conquistas, pero las consecuencias de sus extremos desencadenaron sangrientas guerras civiles. Al calor de esas disputas surge José María Vargas Vila (1860-1933), el célebre panfletario, quien se alistó en las filas del liberalismo radical en defensa de los derechos constitucionales. Este artículo aborda la postura de un intelectual liberal frente a Regeneración que pretende imponer la paz y el orden coartando las libertades y derechos concedidos por la Constitución de Rionegro.

PALABRAS CLAVE: historia de Colombia, independencia, liberales radicales, Constitución de Rionegro, J. M. Vargas Vila.

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA, DEFENDER COLOMBIAN CONSTITUTION OF RIO NEGRO.

ABSTRACT

After the independence and the creation of the New Granada in 1819, the young Latin American republics continued faced disputing power. The caudillos spent their energies in partisan struggles because personal, group, class and ethnic interests overlapped, often under romantic formulations. Between chaos and order, 14 constitutions were drafted in Colombia until reaching the Rionegro Constitution of 1863. Promulgated by the leaders of Radical Liberalism, it went too far in its pursuit of utopia. Federalism, defense of individual freedoms, abolition of the death penalty, freedom of press and separation of the Church and the State are some of its most important conquests, but the consequences of its extremes triggered bloody civil wars. In the heat of these disputes arises José María Vargas Vila (1860-1933), the famous pamphleteer, who enlisted in the ranks of Radical Liberalism defending constitutional rights. This article exposes the position of a Colombian liberal intellectual in face of period called Regeneration that seeks to impose peace and order in Colombia restricting the freedoms and rights granted by the Rionegro Constitution.

KEYWORDS: Colombian history, independence, radical liberalism, the Constitution of Rionegro, J. M. Vargas Vila.

VARGAS VILA ANTE EL TRIBUNAL DE LA HISTORIA

José María Vargas Vila es una de las figuras más incómodas para la crítica académica que ha revisado el canon de la literatura colombiana. Los historiadores simplemente lo consideran un personaje pintoresco. Para algunos de ellos, su retórica es 'naïf' y de estilo 'primitivo', como señala Malcolm Deas en el balance que ofrece del escritor. Pero no es esta una opinión compartida por quienes se han acercado en serio a su obra. Para empezar, Vargas Vila defiende muchas de las banderas del liberalismo y, además, cierta izquierda lo ha reivindicado, aunque sin tener en cuenta sus contracciones ideológicas.

Entre unos y otros, Vargas Vila queda en un lugar marginal, como exponente de una literatura que, si bien tocó las fibras del alma entre las masas inconformes, no alcanzó el nivel de contemporáneos suyos, como José Asunción Silva o Jorge Isaacs; éste último un referente para él, si pensamos en *Aura o las violetas*. Sin embargo, Vargas Vila es objeto de estudio en el ámbito académico internacional, por cuanto su obra ofrece una representación de la nación que cuenta a la hora de entender el pasado común, además de ser fenómeno de lectura sin precedentes. De su narrativa podemos poner el ejemplo de *Flor de fango*, donde se plantea el conflicto de la implantación de educación laica por los gobiernos radicales en Colombia. Sus panfletos cuestionan el poder hegemónico que combatió el ideario liberal y que borró de la memoria un periodo de dieciséis años bajo la más avanzada de nuestras constituciones, aquella que garantizaba derechos civiles insólitos para la época. Pero el propio Vargas Vila reconocía el fracaso de semejante utopía, que explicaba por la falta de preparación del pueblo, como se deja ver en un discurso pronunciado en el Ateneo de Maracaibo en 1888: «[...] la libertad en los pueblos sin instrucción se posee como un bien, pero no se sabe ejercer como un derecho». El célebre ensayista Baldomero Sanín Cano distaba poco de esta postura en su valoración de ese periodo de nuestra historia.

El político e historiador Gerardo Molina, en su balance del radicalismo en Colombia, aclara que los exponentes de este ideario no fueron precisamente radicales en el sentido que encierra el término: «Los que así se llamaron entre nosotros se propusieron defender el orden constitucional y legal» (Molina 1971: 120) ante los desafiantes decretos de Tomás Cipriano de Mosquera o ante ciertos planteamientos de Rafael Núñez. En cambio, achaca a su «formación mental» y a su «temperamento» los errores cometidos por ellos, ya que estos líderes eran, más que políticos, escritores, juristas y catedráticos que defendían la intangibilidad de unos principios: de unas ideas fundamentales, como afirmaba Vargas Vila en *Pretéritas* (1886), escrito en su exilio en Venezuela:

Al predominio de la idea liberal se han debido en el país, todas las grandes medidas de adelanto, intelectual y material, como la extinción de la esclavitud, la abolición del cadalso por delitos políticos, el establecimiento del sufragio, del juicio por jurados, la abolición de la pena de muerte, la libertad absoluta de prensa, la de estudios, la del

pensamiento, la instrucción laica, gratuita y obligatoria, la creación de la Universidad Nacional, la de las Escuelas normales, la desamortización, la navegación por vapor. (Vargas Vila 1998 [1885]: 33)

«Qué bella fue la aurora liberal!», exclamaba; era para él un logro contra el fanatismo y el atraso, pues aquella Constitución creaba ciudadanos. Con esta afirmación se hacía eco de las reivindicaciones de un sector de la intelectualidad que pretendía romper con el sistema colonial y sus instituciones para salir del atraso. Se trataba de ejercer la libertad, el derecho a la libre expresión de las ideas. En la práctica, esto implicaba, entre otras medidas, despojar a la Iglesia del poder que aún conservaba, eliminar ciertos impuestos y permitir comerciar libremente con otras potencias. Como sugiere el historiador David Bushnell, al igual que ocurrió con las potencias europeas y con los Estados Unidos, fueron los desarrollos económicos los que crearon «una atmósfera más favorable a la recepción de las ideas liberales en la Nueva Granada» (Bushnell 2014 [2007]: 155).

Como liberal, Vargas Vila denuncia las estrategias de la oposición para boicotear la Constitución de Rionegro, que él defendió con la espada y la pluma. Se puede decir que toda su obra está atravesada por esa pasión política que parece devorar su talento. Las novelas, incluso, son para él un campo de exposición de ideas políticas, con personajes que encarnan estereotipos nacionales: la maestra normal asediada, la sacrificada y humilde madre, el cura libidinoso y fanático, el terrateniente rudo y sanguinario, el intelectual perseguido que se refugia en Europa, el artista que pretende situarse por encima de las realidades políticas. Erotismo y política están íntimamente relacionados en estas narraciones donde la fuerza de la naturaleza se impone salvaje sobre la inteligencia y la razón, como un *fatum* contra el avance civilizador que se espera de unas naciones, cuya independencia se inspiró en los principios de la Ilustración y de la Revolución francesa, y que se debatía entre el espíritu de rebeldía y la necesidad de un orden.

Como muchos escritores de su tiempo, Vargas Vila es contradictorio ideológicamente. Por un lado, defiende el aristocratismo y el 'anarquismo' en el arte y en la vida, esa 'libre estética' que presume característica de su obra. Por otro, comparte con los radicales un concepto de la libertad individual utópico, a los ojos de los liberales católicos y moderados de la Colombia de la época, alarmados por los derechos que concedía la Constitución de Rionegro. El 'aristocratismo' de Vargas Vila se apoya en filósofos como Nietzsche y se limita al artista, criatura superior que, según él, las «democracias mestizas» no son capaces de comprender porque asocian el concepto a la «aristocracia de la sangre». El hecho es que ciertos modernistas en España comparten con él esta idea, desde Pompeyo Gener, hasta el primer Valle Inclán, para quienes las civilizaciones no son obra de los pueblos, sino de una pequeña aristocracia intelectual que las produce. Vargas Vila se muestra escandalosamente radical cuando, al referirse a Nietzsche, afirma: «[...] lo primero a que renuncia un

Hombre Superior, es al sufragio de los lacayos [...]» (1919: 179-180), frase que lo muestra antidemocrático. El artista, el genio, atentan contra el poder ejerciendo la libertad creadora, como argumenta en *Libre estética*: «[...] un Hombre Libre, es más que un ejemplo, es un peligro» (Vargas Vila 1920: 219-220).

De otro calado son los panfletos donde Vargas Vila apela a menudo a las palabras y expresiones «multitudes», «pueblos en calma», «ondas en furia», «muchedumbre», o «pueblo», que define como «Enigma de inconstancia y de dolor».¹ Son abstracciones que no identifican colectivos específicos como campesinado, agricultores, recolectores, mineros, trabajadores urbanos, lavanderas, planchadoras, costureras, indigentes, indios o negros a quienes afectan las disputas entre las élites por las medidas gubernamentales.

«Libertad», la palabra más frecuente en la obra de Vargas Vila, es un valor al que subordina los demás. En *Pretéritas*, aparece 153 veces; en *Los divinos y los humanos*, 96. En *Ante los bárbaros*, 51. Vargas Vila adopta en el panfleto la postura del profeta para dirigirse a las multitudes: «¡oh, pueblos de América! ¡La hora ha llegado! Las hordas mercenarias que devastan la tierra han llegado hasta vosotros» (1997 [1900]: 69). La mayor influencia oratoria le viene de Víctor Hugo a quien cita a menudo. En un escrito titulado «Prensa libre» se apoya en él cuando sostiene que la «Libertad» va unida a la «Dignidad». La derrota del liberalismo radical en la guerra civil de 1885 es una herida abierta en el exilio, experiencia que lo acerca también al poeta francés. A Rafael Núñez, el reformador, lo considera el responsable de haber suprimido las libertades individuales y de perseguir la libre expresión, que durante aquel periodo había sido, para él, un derecho irrenunciable.

En ningún país de América había sido la prensa tan libre como en Colombia, y en ninguno está hoy tan amordazada. Esto es lógico, por la ley de las reacciones y la naturaleza del partido que gobierna. Es un partido obscurantista y no quiere luz; es un gobierno débil y teme a la oposición; ni sintiendo en sí la majestad de su origen popular, desconfía con razón del pueblo; hijo de la traición, teme ser traicionado; fruto de una venta, teme ser vendido. (Vargas Vila 1898 [1885]: 193)

En el prólogo a la edición de *Pretéritas* de 1921, afirma haber escrito distintos capítulos en Rubio (Venezuela), donde se encontraba un grupo de proscritos como él,² perseguidos por el Regenerador. En aquel país publicaría *Pinceladas sobre la última revolución en Colombia y Siluetas bélicas*, que se imprimió en 1887 por suscripción de los liberales de Cúcuta.

El texto de Víctor Hugo *Ce que c'est l'exil*, escrito en 1875, al regresar a Francia de su destierro, en el que invita al pueblo a la conquista de sus derechos

¹ El concepto de pueblo es difícil de delimitar, prueba de ello es libro reciente *¿Qué es el pueblo?* con contribuciones de Alain Badiou, Pierre Bourdieu o Jacques Rancière, entre otros.

² Se refiere a Ezequiel Cuartas Madrid, Avelino Rosas y Emiliano Herrera, con quienes fundó el periódico de la oposición al nuevo gobierno, *La Federación*, que sería suspendido.

y libertades, pareciera citar la Constitución de Rionegro que, según la leyenda, Hugo tuvo en sus manos y consideró «escrita para los ángeles». Aquí el maestro francés propone cambios para salvar a la patria y poner fin a la guerra:

abolir la pena de muerte, defender la educación gratuita y obligatoria, que todo el mundo sepa leer, utopías temerarias como la aceptación de la mayoría de edad de las mujeres, que esta mitad del género humano se admita en el sufragio universal, que el divorcio le permita liberarse, que el niño pobre sea instruido igual que el niño rico, la igualdad como resultado de la educación, por la destrucción de los parasitismos que imponen cargas fiscales a la gente, reparto de los bienes comunales, contra las clases y las fronteras, contra las ataduras, por una república de Europa y por la unidad monetaria continental, por una paz que haga innecesarios los ejércitos y el servicio militar, por la construcción de una Francia capaz de erradicar el hambre.³ (Hugo 2008 [1875]: 57)

Son, efectivamente, las mismas conquistas que se propuso la romántica Constitución de Rionegro doce años antes. No por casualidad Vargas Vila recibe el apelativo de «Victor Hugo americano». También ha leído a socialistas utópicos como Proudhon,⁴ difundido por una élite culta, que en Colombia puso a circular sus ideas. Artesano y campesino, este autodidacta de Besançon, que trabajó como tipógrafo y posteriormente como redactor de un periódico, llegó a asustar por la audacia de sus formulaciones al considerar la propiedad como uno de los «falsos dioses». Pero Proudhon no abordaba los problemas desde una perspectiva histórica o económica, sino desde la moral o la justicia, como pretendió mostrar Carlos Marx en *Miseria de la filosofía*, respuesta a *Filosofía de la miseria* de Proudhon. Al igual que el político, Vargas Vila pretendía convencer con frases efectistas o demoleadoras. Entre los latinoamericanos, su referente quizás fuera el ecuatoriano Juan Montalvo, anticlerical como él, que azotó con su verbo al caudillo Gabriel García Moreno, y cuyo estilo elogia en *La pluma de fuego de Juan Montalvo*.

La filiación ideológica de Vargas Vila también se remonta al padre, militar de importancia, quien combatió al lado de Tomás Cipriano de Mosquera, y a su propia participación en las contiendas, como recuerda en el prefacio de *Preteritas*:

[...] fui nombrado Secretario General del Jefe del Ejército: Daniel Hernández; en aquel grupo de guerreros, en su mayoría rudos y selváticos, muchos de los cuales habían sido compañeros de armas de mi Padre [...]. (Vargas Vila 1998 [1885]: 7)

En Colombia, sus maestros son los antiguos «gólgotas», que se enfrentaron al partido conservador dominante y que, a su juicio, despertaron la conciencia nacional y formaron el espíritu público, trabajando por la libertad entre un

³ La traducción es mía.

⁴ Proudhon formula, entre otras cosas, el concepto de libertades individuales y el de federalismo, como una alternativa al poder centralizado de los estados-nación.

pueblo indiferente ante el poder que lo sometía. Todos ellos, subraya, les mostraron el camino a quienes les sucedieron:

[...] todos venían de abajo, de la sombra, del pueblo; cunas humildes de lejanos puntos del país los habían mecido; sangre de campesinos, sana y robusta, circulaba por sus venas; vientos de nuevas y generosas ideas, soplaban sobre ellos; ideales luminosos, sublimes utopías llenaban sus cerebros [...]. (Vargas Vila 1998 [1987]: 109-110)

José María Vargas Vila, desde su aristocratismo intelectual, insiste en que el liderazgo liberal surge del pueblo. Su revolución fue para él un torrente de ideas, una constelación de héroes, que encarnan el progreso. Bajo el despotismo, advierte, vegeta la ignorancia degradante que conduce a la esclavitud. Por eso, la nueva constitución impuesta por Rafael Núñez en 1886 le parece un retroceso para el país. Esta perspectiva presenta un aspecto de nuestra historia que no tiene en cuenta los errores que condujeron a la derrota de los radicales, como el debilitamiento del Estado o la configuración de una oligarquía económica y social que, según señala Gerardo Molina, obstaculizó la reforma agraria. Los radicales le dieron voto al campesino, pero no la tierra. La conclusión de Molina es que este iluminador periodo de nuestra historia no encontró el escenario apropiado para concretar tan nobles ideales.

LA SEGUNDA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA

Es un hecho que la historia de Colombia en el siglo XIX se ha presentado de diversas maneras no coincidentes. La más nacionalista ofrece el relato épico de los héroes que luchan contra el régimen colonial. Una segunda podría ser la descripción del enfrentamiento entre los partidos que se disputan el poder a lo largo de los años. Una tercera tiende a presentar la historia del país pendiente de la lucha de clases, es decir, reducida al enfrentamiento de las mayorías desfavorecidas contra una minoría dominadora.

Pero nuestra historia decimonónica está plagada de paradojas. La más importante tiene que ver con la economía. Pese a su riqueza natural la nación no ha sabido ofrecer a los ciudadanos la dignidad del trabajo, ni el bienestar social que les brinde oportunidades de mejora, no solo material. Otra paradoja incumbe a la cultura; un día subió al poder una mentalidad que concibió las más bellas utopías, pero no supo llevar práctica los valores democráticos ni desarrollar la responsabilidad social que exige el ejercicio de las libertades individuales. Otra paradoja todavía más asombrosa tiene que ver con el hecho de que, sin el soporte de las mayorías hambrientas, aquellas que el historiador cubano Juan Pérez de la Riva denomina «las gentes sin historia», no hubiera podido asentarse jamás la minoría clasista y excluyente que tras los nombres de los caudillos ha conducido al país hasta ahora.

Mas hay otro componente que debe tenerse en cuenta: la conflictividad de un *ethos* que no acaba de asumir el mestizaje. La raíz indígena, o africana,

incomoda aún a las élites que, a lo largo de la historia, han vivido un proceso consciente de blanqueamiento. Pero la herencia hispana también molesta, lo que suele ocurrirles, en ciertos casos, a muchos de quienes comulgan con el discurso que, disimulando actitudes sociopolíticas más modernas, presenta la injusticia, la desigualdad y la violencia como marca de un poder que se remontaría hasta los hechos de la conquista.

Lo curioso es que se haya narrado de forma tan superficial el proceso vivido a partir de la declaración de independencia en 1819, ese periodo que abarca doscientos años, y que se caracteriza por enfrentamientos de caudillos regionales con sus banderas políticas que, si bien fueron el efecto de las tendencias y hábitos del reparto del poder heredado del sistema anterior, han sido y son ya responsabilidad de la nueva república. Los historiadores señalan que el estamento social apenas si se alteró con la independencia. A ello se sumó también la tensión entre las diferentes facciones liberales o conservadoras que arrastró la organización del Estado. José María Vargas Vila fue consciente de que tal enfrentamiento era responsabilidad total del nuevo país y, por eso, defendió la Constitución del Rionegro de 1863, que convertía en ciudadanos a quienes antes habían sido siervos. Sin embargo, fue la propia sociedad colombiana la que echó abajo esta constitución.

Si la liquidación del virreinato de la Nueva Granada se consumó en 1819, solo en 1821, como es sabido, se decretó jurídicamente la República que abarcaba los territorios de Colombia, Panamá, Ecuador y Venezuela. Entre 1821 y 1853 se intentó consolidar un proyecto de país, con medidas encaminadas a romper con el sistema administrativo colonial como, por ejemplo, la supresión del tribunal de la inquisición o la confiscación de los bienes de la Iglesia, junto con una nueva legislación sobre la esclavitud, que no había sido abolida, como se supondría que tendría que haber ocurrido tras el triunfo de los patriotas.⁵ Por otro lado, los indígenas perdieron sus derechos al suprimirse los resguardos, cuyas tierras fueron adquiridas por quienes tenían los medios económicos para ello. Se deduce que la revolución de independencia fue concebida por y para los criollos y que la diversidad cultural no se tuvo en cuenta en los comienzos de la República. De ello se desprenden, sin duda, muchos de los conflictos sociales, políticos y económicos que desencadenaron las guerras civiles a lo largo del siglo XIX y que impidieron construir un país que representara al conjunto de los ciudadanos, al margen de su condición social y económica.

Entre un estado federal o un gobierno central sólido, el liberalismo se constituyó en una fuerza política que revolucionó la sociedad e implicó en su acometida distintos sectores sociales: los terratenientes, el campesinado y las clases ilustradas que traían de Europa y de los Estados Unidos modelos

⁵ Los esclavos fueron reclutados en la campaña de guerra con la promesa de que se les concedería la libertad al terminar la guerra. Pero no solo hasta 1851 se decretó su libertad bajo el gobierno de José Hilario López.

políticos, ideologías y formas de vida.⁶ En *Pretéritas*, Vargas Vila, ofrece su versión de la historia, para él, un enfrentamiento entre el caudillaje y la defensa de ideas:

Allí, desde que nos emancipamos de España comenzó la lucha enconada y tenaz entre las dos escuelas. En política como en filosofía, la pugna de ideas ha sido constante entre los hombres de la Razón, y los del dogma, del doctrinarismo, y de la autoridad, los del derecho divino y los del derecho popular, es decir, entre la escuela liberal y la escuela conservadora. Santander “el hombre de las leyes” fundó una; los hombres de los gobiernos fuertes, que, aunque habían peleado por la libertad, conservaban aún hábitos de la colonia, fundaron la otra. (Vargas Vila 1998 [1886]: 32)

Como se ha dicho, la reforma más polémica en la naciente república fue la relacionada con el control de la Iglesia por parte del Estado y siguió siéndolo hasta la Constitución de 1886. En *Flor de fango*, Vargas Vila aborda el impacto que tuvo en la sociedad la creación de las escuelas normales:

La frase *Escuela sin Dios*, esa frase mentirosa y banal, arma de espíritus viles, encanto de teólogos papanatas, y recurso retórico de predicadores rurales, habíase tomado en ese pueblo como oráculo, y engendrado en ese rebaño humano un *santo* aborrecimiento a las Escuelas Públicas. (Vargas Vila 1921 [1898]: 125)

LOS LÍDERES DEL LIBERALISMO RADICAL

Si tuviésemos que elegir un personaje influyente que atravesase el siglo XIX en Colombia, desde la Independencia, pasando por la Constitución de Rionegro, hasta la disolución de la efímera república liberal laica, éste sería Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878), que ocupa cuatro veces la presidencia del país. Amigo del Libertador Simón Bolívar, se identificó con su proyecto de unidad americana y combatió a su lado.

Después de haber ocupado importantes cargos dirigentes, dentro de la carrera militar, Mosquera realiza un viaje por Europa y los Estados Unidos entre 1830 y 1833. Cumplía sin duda misiones diplomáticas en las que mezclaba negocios familiares, intrigas políticas y alianzas internacionales. No debe olvidarse que fue un próspero hombre de negocios, propietario de grandes extensiones, como la hacienda de Coconuco, Cauca, que había pertenecido a los jesuitas expulsados del virreinato en 1767. Los Mosquera, además, tenían oficinas comerciales en Nueva York bajo la firma Mosquera Herrán y Compañía, lo que permite imaginar la facilidad con la que este general

⁶ Que esta reorganización del Estado estuviera influida por el barón de Humboldt es muy posible y la investigación reciente ya ha explicado cómo este viajero había entendido muy poco de la antigua organización sociopolítica de la colonia y, además, parece que trabajaba para el presidente de los Estados Unidos Thomas Jefferson (Véase Roca Barea, M^a E., *Imperiofobia y leyenda negra...*).

emprendió proyectos políticos y económicos en la Nueva Granada. Por otro lado, debería tenerse en cuenta su filiación masónica y el poder que alcanzó dentro de la jerarquía. Como sugiere Gilberto Loaiza Cano, en su artículo sobre las relaciones entre el liberalismo y la masonería en el siglo XIX en Colombia, no fue poca la influencia de estas logias:

No podemos tampoco menospreciar la influencia de la masonería en los cambios de costumbres de las élites, al menos en lo que concierne a la difusión y consumo de una literatura que reivindicaba un ideal laico. La aparición de ciertos títulos de prensa, la fundación de talleres de imprenta, la creación de lo que podríamos llamar una sociabilidad cultural, los proyectos de masificación de una educación laica, a partir de 1867, son fenómenos indisociablemente ligados a la influencia de un grupo muy activo de dirigentes masones que tenían el control de un Estado debilitado por un régimen federal; ese régimen era, a propósito, la consecuencia directa de la Constitución política de 1863 que esta misma clase dirigente masónica había contribuido a crear. (Loaiza Cano 2007: 69)

A Mosquera se le debe el decreto del 5 de noviembre de 1861 sobre la extinción de las comunidades religiosas que se resistían a la «desamortización de los bienes de manos muertas». El país, que pasaría a llamarse Estados Unidos de Colombia, regularizaba los límites y las competencias de la Iglesia, dividiendo a la opinión pública. El propio Mosquera denuncia, en una carta dirigida al Papa Pío IX, el comportamiento de la institución: «Los obispos de Pasto y Pamplona, con parte de su clero, se mezclaron en apoyo a un partido para servirse de la religión como instrumento eleccionario de los magistrados políticos» (España 1984: 95).

Pero si Mosquera estuvo más cerca de los conservadores que de los liberales, Manuel Murillo Toro, llamado «padre supremo y señor del Olimpo Radical», fue mucho más lejos en su concepto de la libertad. Se le atribuyen los logros más importantes para el progreso del país. Ministro ante Washington durante la presidencia de Abraham Lincoln, tuvo mucho que ver con la abolición de la esclavitud y la institución del sufragio universal. Vinculado al partido liberal desde los inicios de su carrera política, participó en la convención de Rionegro que redactó la constitución de 1863. Fue elegido presidente de los Estados Unidos de Colombia por dos periodos. Defendió el federalismo, que concedía a los estados mayor autonomía que en el modelo angloamericano, pues contaban con su propio sistema postal y con plena libertad para establecer los requisitos de votación en las elecciones nacionales y locales. Además, cualquier reforma de la constitución debía contar con el voto de todos los estados.

Al igual que Mosquera, a Murillo Toro se le vincula con una de las logias masónicas establecidas en Colombia. Pacífico, reflexivo y tolerante, como se le suele retratar, durante su mandato defendió con el diálogo los principios de libertad recogidos en la constitución e inspirados en filósofos como Saint Simon, Fourier o Proudhon. En este sentido, fue considerado un «radical puro», que

apostó por el sistema federal. Respecto a la libertad de prensa, la consideraba fundamental para la marcha de un gobierno honrado. Su individualismo lo mostraba como un anarquista frente a los conservadores y a los liberales moderados. Por sus ideas sobre la cuestión agraria, sobre el derecho a la tierra que, a su juicio, tendría que descansar sobre el cultivo de la misma; y por plantear que nadie debería abarcar una extensión mayor que la cultivada para subsistir cómodamente, se le considera uno de los precursores del socialismo en Colombia. También Vargas Vila defiende la libertad de prensa cuando afirma: «Nada hay igual al poder de la idea, y como la prensa es su voz y su reflejo, nada hay igual al poder de la prensa» (1998 [1913]: 191).

VARGAS VILA Y LOS RADICALES

En *Los divinos y los humanos* Vargas Vila se ocupa de los radicales como Mosquera sin mencionar que obtuvo la concesión para explotar minas de oro y que contaba para ello con mano de obra esclava. Sólo deplora el desmedido orgullo que lo convirtió en dictador. La República liberal, a su juicio, se salva gracias a una coalición de radicales y conservadores, que en 1867 lo depone, lo lleva a prisión y lo conduce encadenado al Congreso donde se le despoja de sus títulos y se le sentencia a un destierro de tres años.

¿Qué le debe, pues la Libertad?

Le debe el servicio de su espada al gran pensamiento de la Federación; la organización de la Hacienda nacional; la separación de la Iglesia y el Estado; la expulsión de los jesuitas; la exclaustación de frailes y monjas; la secularización de los bienes de manos muertas; el establecimiento de la navegación por vapor; las primeras vías férreas del país y los primeros resplandores del progreso. (Vargas Vila 1997 [1892]: 124)

Mosquera también permitió a los terratenientes y a los comerciantes, clase influyente a la que representaba, apropiarse no solo de los bienes de la Iglesia, sino de los resguardos de los indígenas a quienes se despoja de sus tierras. Esta medida facilitó la acumulación de terrenos en manos de las minorías regionales. Vargas Vila presenta, en *Cachorro de león* (1917), el ambiente de las zonas rurales donde seguían dominando las viejas familias desde la Colonia a quienes llama «viejos hidalgos, señores de la horca y el cuchillo, raza de viejos lobos blasonados», propietarios de las tierras. Las que describe como arrogantes e irreductibles en lo que creían sus derechos, por los que combaten a muerte:

[...] Venidos a menos sus pretensiones y sus prestigios, por el crecer de la ola democrática e igualitaria que abolió fueros, extinguió privilegios y crio derechos, no capitularon con el espíritu de la época, ni por vencidos se dieron, ni se allanaron ante la merma de sus prerrogativas, que ellos creían sagradas [...]. (Vargas Vila 1920: 18-19)

Para historiadores como Gonzalo España, el liberalismo radical no es solo un ideario, sino también una fuerza que surge en Colombia a partir del

desarrollo del comercio, al que se deben las mayores transformaciones, en cuanto sacudió la «abulia colonial» e integró regiones y pueblos, alentando la apertura de caminos, la navegación, la construcción de puertos que conectaron el país con el mundo (España 1984: 12). Los comerciantes exigían mayores libertades, ya desde la Colonia y a lo largo del siglo XIX, según afirma Lina María López Lopera:

La lucha de los liberales radicales contra los residuos coloniales presentes aún en la política, la economía y la cultura del país se apoyó en un principio fundamental del liberalismo clásico: la libertad y la independencia. Libertad e independencia de las formas tradicionales de hacer política y de la forma premoderna y doméstica de desarrollar la economía. (López Lopera 1999: 77)

No es menos cierto que en nombre de la libertad, como se ha dicho, se abolieron los resguardos indígenas, con el argumento de que como ciudadanos los indios estaban obligados a cumplir los mismos deberes. Según Álvaro Tirado Mejía, los resguardos desaparecieron a partir de 1850, aunque durante el siglo XX, como se sabe, continuaron los pleitos con las comunidades indígenas, principalmente en el sur del país (Tirado Mejía 1976: 461). La historia de Colombia demuestra que en este problema no resuelto de la tierra está la raíz de la violencia.

Respecto al fracaso del proyecto liberal, Jorge Orlando Melo señala que a una gran parte de la clase dirigente del país, en las últimas décadas del siglo XIX, le preocupaba la constante agitación y las guerras civiles y atribuía la culpa a la Constitución de Rionegro que, entre otras cosas, había privado al poder central de los medios para mantener el orden público e integrar de manera eficaz los diferentes sectores de la clase dominante. Además, muchos de sus artífices, como José María Samper, comprendían que el enfrentamiento con la Iglesia católica dificultaba la gobernabilidad del país y lo conduciría al caos. Esto motivó el acercamiento del sector más moderado de los liberales hacia los conservadores para pactar con ellos una solución (Melo 1976: 602). El radicalismo debilitado fue perdiendo parcelas de poder, aunque seguía contando con el apoyo de los grupos financieros reacios a cambios, como la creación de un banco nacional con derecho a emitir billetes, que los demás bancos tendrían que aceptar obligatoriamente debido a las medidas económicas impuestas por Rafael Núñez. Este declaró nula la constitución de Rionegro y el Consejo Nacional emprendió la reforma constitucional con la asesoría del célebre filólogo Miguel Antonio Caro.

La nueva constitución restituyó la pena de muerte; proclamó una forma de gobierno centralista que concentraba el poder en el Jefe de Estado, con amplias facultades para emitir decretos y perseguir a los acusados de atentar contra el orden público. Además, le concedía amplios poderes a la Iglesia, que asumió la educación y el control del estado civil de las personas. Para Vargas Vila significó una traición:

No se atreve a nombrar al pueblo, y hace bien, esto pudiera llamarse el pudor del crimen. No habla de derechos porque no los reconoce. Pero habla de deberes porque los impone. ¡Sólo son ciudadanos los ricos y los ilustrados! el pueblo no es nada. Es una bestia de carga según esa Constitución. Tiene el derecho de sufrir, y contribuir, pero no tiene el derecho a elegir. Puede ser soldado, pero no ser ciudadano. (Vargas Vila 1998 [1886]: 126)

Desarmado ante esas realidades, sólo le queda la palabra para combatir. Lo hace armado de una retórica decimonónica que, para el sociólogo Gabriel Restrepo, no es más que la vocinglería de los radicales humillados, proferida en el estilo de una época en que las fronteras entre política, literatura y ciencia eran movedizas. Por eso, en *Los césares de la decadencia*, Vargas Vila utiliza el recurso de la animalización para caracterizar a personajes como Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez, mientras magnifica las cualidades de los radicales, como general Daniel Hernández, muerto en defensa de la Constitución de Rionegro, quien merece todos los elogios:

Si Hernández hubiera sobrevivido al fracaso nacional, no habría hallado un rincón del país en qué pararse, que el veneno o el puñal no lo hubieran buscado. La Humareda fue su tumba. Allí, entre el fragor de aquella batalla colosal, sobre las trincheras que había tomado a esfuerzo de su valor, coronado de gloria, tinto en sangre y envuelto en la bandera de la República, cayó aquel héroe... Él fue la revolución. (Vargas Vila 1998 [1885]: 82)

Por encima de los errores políticos de los radicales y de la retórica que rendía culto a la personalidad, José María Vargas Vila se hizo eco de un ideario que se levantó contra las rancias secuelas del pasado, que adoptaban la forma de la tiranía. Un liberalismo alerta, dispuesto a combatir a las «bestias del fanatismo» para defender las libertades individuales y los derechos civiles y, que, sin embargo, fue derrotado por una nueva constitución mucho menos avanzada. Fue la gran desilusión de nuestro escritor que, pese a todo, siguió defendiendo hasta el final de sus días una ideología de justicia y libertad de enorme influencia en la juventud latinoamericana, pero que lamentablemente resultaría utópica y anacrónica.

BIBLIOGRAFIA

- BADIOU, A., BUTTLER, J., RANCIERE, J., *et alii.* (2014), *¿Qué es el pueblo?*, Madrid, Ediciones Casus Belli.
- BUSHNELL, D. (2014 [2007]), *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*, Bogotá, Editorial Planeta.
- DEAS, M. (1984), *Vargas Vila. Sufragio-selección-epitafio*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular.
- ESPAÑA, G. (comp.) (1984), *Los radicales del siglo XIX*, Bogotá, El Ancora Editores.
- HUGO, V. (2008), *Ce que c'est que l'exil*, ed. de Rosa Guy, Mayenne, Écateurs parallèles.
- JARAMILLO AGUDELO, D. (comp.) (1976), *La nueva historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

- LOAIZA CANO, G. (2007), «La masonería y las facciones del liberalismo colombiano durante el siglo XIX. El caso de la masonería de la Costa Atlántica», *Historia y Sociedad*, 13, noviembre, 65-89.
- LÓPEZ LOPERA, L. M. (1999), «La ciudadanía miscelánea del liberalismo radical en Colombia», *Estudios Políticos*, 14, 74-104.
- MOLINA, G. (1971), *Las ideas liberales en Colombia-1849-1914*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
- RESTREPO, G. (2002), *Peregrinación en pos de Omega: sociología y sociedad en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- ROCA BAREA, M. E. (2018), *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español*, Madrid, Siruela «Biblioteca de Ensayo».
- TIRADO MEJÍA, Á. (1976), «La tierra durante la República», en *La Nueva Historia de Colombia*, Jaramillo Agudelo, D. (comp.), Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura «Biblioteca Básica Colombiana», 457-528.
- VARGAS VILA, J. M. (1998 [1900]), *Ante los bárbaros*, Bogotá, Editorial Panamericana.
- Vargas Vila, J. M. (1919), *En las cimas*, Barcelona, Editorial Maucci.
- VARGAS VILA, J. M. (1920), *Cachorro de león*, Barcelona, Ramón Sopena.
- VARGAS VILA, J. M. (1995), *Los césares de la decadencia*, ed. de Consuelo Triviño, Bogotá, Editorial Planeta, Anzola.
- VARGAS VILA, J. M. (1903), *Los divinos y los humanos*, París, Librería Americana.
- VARGAS VILA, J. M. (1920), *Libre estética*, Barcelona, Editorial Sopena.
- VARGAS VILA, J. M. (1887), *Pinceladas sobre la última revolución de Colombia y siluetas políticas*, Maracaibo, Imprenta Americana.
- VARGAS VILA, J. M. (1998), *Pretéritas*, Bogotá, Panamericana Editorial.



Los textos publicados en esta revista están sujetos – si no se indica lo contrario – a una [licencia de Reconocimiento 3.0 España de Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/). Puede compartirlos con terceros siempre que reconozca su autoría, la publicación inicial en esta revista y las condiciones de la licencia.